

Respuesta a la disertación de Jorge Himitian en Caserta, Italia sobre el tema:

## **LA NATURALEZA DEL MINISTERIO APOSTÓLICO**

Orville Swindoll

He tenido el privilegio de considerar a Jorge Himitian un amigo íntimo y colega admirado por más de cuarenta y cinco años. Nos conocimos cuando yo tenía 35 años y era padre de cuatro, mientras que él era soltero, viviendo con su familia paterna en la ciudad de Buenos Aires. He visto llegar al mundo a sus cinco hijos y crecer hasta ser adultos. Todos son hermosas personas y profundamente comprometidos con el Señor.

Hemos ministrado juntos todos estos años en muchas ciudades y en una gran variedad de países. Creo que es correcto decir que lo conozco bien. Hemos estado en el hogar el uno del otro en múltiples ocasiones, y hemos compartido significativos triunfos y pruebas difíciles. No siempre hemos estado en total acuerdo, pero el amor y el aprecio del uno por el otro ha superado todas las diferencias y nos ha ligado en una relación firme por el tiempo y la eternidad.

Mi profundo aprecio por Jorge es porque lo conozco como un hombre de absoluta integridad, un hombre justo y lleno de gracia para con todos, pero especialmente como un varón de profunda devoción al Señor. Digo esto porque creo que estas características figuran entre los aspectos más importantes de un ministro de Cristo, y especialmente de los que se involucran en el ministerio apostólico. Jorge tiene una percepción aguda, excelente juicio y una pasión por las cosas de Dios. Eligió hace mucho años llevar la cruz de Cristo y soy testigo de que sabe cómo tratar con pérdidas y dolores, injusticia y malos tratos de otros mientras sigue confiando su suerte en las manos de un Dios todo sabio y amoroso. Cuánto más tiempo pasa, más aprecio a los amigos y colegas como Jorge.

Me parece que hay muy poco que uno podría agregar a la excelente presentación de Jorge sobre la naturaleza del ministerio apostólico, y nada que quisiera quitar. Pero quizá puedo agregar un poco de trasfondo para todo el asunto y contribuir algo de naturaleza anecdotal.

Nuestro interés mutuo en el ministerio apostólico proviene de casi cuatro décadas atrás, cuando en Buenos Aires comenzamos a pensar y hablar de ello con ciertas reservas y trepidación. Fue en uno de nuestras conferencias anuales de pastores en Argentina en el año 1982 que me tocó abrir el tema del ministerio apostólico y sugerir algunos parámetros a fin de promover el diálogo entre los pastores. Después de hacer un rápido repaso de varios temas que habíamos estudiado juntos a lo largo de varios años de relaciones estrechas, propuse unas cuestiones a considerar con respecto a la necesidad de un ministerio de mayor alcance más allá de lo que es estrictamente evangelístico o pastoral. A fin de darles un poco más de trasfondo histórico, quizá debo mencionar que habíamos llegado a sentirnos cómodos con algunos ajustes importantes en nuestra manera de pensar sobre ciertos temas:

- La necesidad de un discipulado cristiano activo y la formación de vida de los que querían seguir a Cristo.
- Relaciones fuertes entre creyentes que trascienden las reuniones ocasionales o regulares.
- La unidad esencial de la iglesia, como el propósito de Dios para su pueblo en todo lugar.
- Una pluralidad de pastores en cada congregación.
- Grupos caseros que funcionan tanto para la extensión como para forjar relaciones más profundas entre los creyentes.

Además, nos encontramos “en la misma página” (por así decirlo) en nuestra comprensión de unos cuantos temas teológicos como, por ejemplo:

- El señorío de Jesucristo
- El evangelio del reino de Dios
- El objetivo del evangelismo y la redención: que lleguemos a ser como Cristo
- El significado y la importancia del arrepentimiento, la confesión, el bautismo
- La responsabilidad de todo creyente de evangelizar y hacer discípulos de Cristo
- La formación y restauración de familias cristianas

Sin embargo, tuvimos conciencia de situaciones que requerían que avanzáramos, y que eventualmente nos condujeran a abrazar un nivel de ministerio y de supervisión espiritual que excedía lo que habíamos experimentado hasta la fecha. A continuación presento algunas de las consideraciones que planteamos en esa ocasión (Los recuerdo que esto fue en el año 1982):

1. Hay situaciones en el ministerio que trascienden el alcance de las relaciones normales y tradicionales entre pastores. ¿Cómo debemos enfrentar hoy una situación similar a la que surgió en Antioquia con la conversión de un gran número de gentiles? ¿De Jerusalén simplemente se debe nombrar un pastor para Antioquía?
2. Hay congregaciones que se desarrollan bien con un buen ministerio pastoral. Pero para desarrollar una visión integral y amplia, para lograr crecimiento sostenido y coherencia, necesitan un ministerio que abre la congregación a una mayor visión y realización que está más allá del alcance de una congregación local o de un ministerio simplemente pastoral.
3. Un enfoque evangelístico clásico suele faltar una coordinación efectiva con la visión integral de la iglesia. Ya que el ministerio evangelístico conduce a una extensión del reino de Dios, hace falta un enfoque mayor que provee orientación más allá del simple crecimiento congregacional.
4. Cuando emergen ministerios con dones y gracia, junto con experiencia y madurez, con la capacidad de formar nuevos líderes, establecer nuevos puntos de predicación, y orientar a las comunidades que enfrentan dificultades, ¿podemos seguir limitándonos simplemente al ministerio pastoral? ¿No sería mejor reconocer esos dones y habilidades, animando a las personas a dedicarse a las tareas que contribuyen más significativamente a la extensión?
5. Varias cuestiones surgen con respecto a problemas en las congregaciones:
  - Cuando se presenta una dificultad que excede la capacidad o la autoridad de los líderes locales, ¿a quiénes deben apelar los hermanos para ayuda?
  - ¿Qué se puede hacer para salvar a una congregación de la desgracia o de una división cuando el liderazgo local abandona su responsabilidad, o incurre en un comportamiento que los desacredita?
  - Cuando varios pastores en una ciudad o una comunidad no logran ponerse de acuerdo y cuando hay amenaza de división, ¿no sería de ayuda involucrar a un ministerio mayor para resolver la situación? ¿No sería mejor reconocer esos ministerios antes de que ocurra una crisis?
  - Hay situaciones empantanadas en confusión, indisposición, tradicionalismo y terquedad que crecen y afligen una comunidad cristiana y que sería difícil resolver aparte de una

supervisión sabia y un mandato mayor con claridad con respecto a metas y métodos de implementación. Claramente, hace falta un ministerio de mayor alcance.

6. Cuando se extiende el testimonio de renovación y refrigerio espiritual a diferentes partes del país, a veces hemos observado que varios pastores en cierta área desean involucrar a sus congregaciones. ¿No sería conveniente promover un mayor compañerismo entre ellos si un ministerio de características translocales pudiera darles orientación en conjunto?
7. En la práctica, muchos grupos cristianos han visto la necesidad de un ministerio que excede una función estrictamente pastoral, pero que luego procede a darle un título diferente a esa responsabilidad: obispo, superintendente, misionero del distrito, etc. Uno de los problemas de tal práctica es que, por el hecho que esos títulos a menudo carecen de autoridad bíblica, o porque combinan responsabilidades que no se relacionan bíblicamente, carecemos de precedencia bíblica para definir funciones y corregir abusos. Más aun, esta práctica permite la creación de títulos que se auto perpetúan y que a veces son ocupados por personas que no tienen la necesaria gracia ni una relación vital con la iglesia y los pastores, y que terminan siendo una función institucional (producto de una organización más que de un organismo).
8. Cuando se presenta la necesidad de reconocer a nuevos pastores que han surgido en la congregación, ¿cuáles son los ministerios apropiados y autorizados para acordarles reconocimiento público?

## NECESIDAD ACTUAL DE LA IGLESIA

Una de las dificultades que enfrentamos cuando consideramos el marco bíblico del ministerio apostólico en relación con el contexto social es la gran disparidad que existe entre nuestro contexto y el del primer siglo cristiano. En general, la sociedad occidental se caracteriza por una postura pseudo cristiana, no completamente pagana como en aquellos tiempos.

En medio de este marco social, hay iglesias y congregaciones cristianas —tanto evangélicas como católicas— que representan, mayormente, una clase de islas sociales, donde el lenguaje y la ideología están en notable contraste con la sociedad circundante, y sobre la que hace poco impacto. Muchas de estas personas se consideran cristianos tradicionales, o porque fueron bautizados de bebés o porque frecuentan la misa o el culto de tanto en tanto.

En ese sentido, nuestras sociedades no son como el cuadro general que enfrentaron los cristianos primitivos. Por ejemplo, consideremos algunas de las características que les eran comunes:

- La esclavitud fue el estilo de vida de un gran porcentaje de los seres humanos.
- Los templos paganos con prácticas degradantes e inmorales fueron asistidos por grandes cantidades de la población.
- Naciones enteras vivían bajo el yugo de otros imperios, a los cuales pagaron tributo.
- La única religión basada en una revelación divina —la de los hebreos— era mayormente neutralizada y limitada a personas de esa raza.
- Pocas personas sabían leer y escribir.
- Había pocas ideas o filosofías grandes y nobles que inspiraran a las masas.
- Las clases sociales fueron relativamente fijas con muy poca movilidad entre las clases.

Obviamente, el ministerio apostólico en un contexto con esas características operaba de una manera diferente que el estilo que lo caracterizaría en nuestro contexto social. Si el propósito

principal del ministerio apostólico es establecer la iglesia en el contexto social, penetrar la sociedad con el mensaje de Cristo, presentar a los hombres una alternativa viable por medio de una comunidad que practica las enseñanzas de Cristo, entonces es vital interpretar el enfoque de tal ministerio en términos prácticos y entendibles para los que viven en el contexto social. La tarea apostólica no puede ser aislada del contexto mundano.

Creo que parte del problema con métodos evangelísticos infructuosos que no se adaptan a nuestro contexto es la falta de una visión apostólica integral. La tarea evangelística debe ser incorporada e integrada con la visión apostólica. Bíblicamente, la primera función —tanto en prioridad como en el tiempo— es la función apostólica. Cristo, como apóstol, evangelizaba sanaba, enseñaba y hacía discípulos. De estos escogió algunos para darles formación como apóstoles. Luego ellos, como apóstoles, introdujeron la palabra de Cristo y el reino de Dios en su contexto —primero entre los judíos y luego entre los gentiles— y luego enseñó a los discípulos y formó las comunidades cristianas.

La obra se realizó con gracia y unción. Con libertad y autoridad pusieron el fundamento de la iglesia, determinaron los parámetros generales de las comunidades y enfrentaron las distintas situaciones que se les presentaron. Era una tarea enorme. Sin esta acción, los discípulos difícilmente pudieron haber confrontado su sociedad con denuedo y mantenido coherencia entre sus filas.

Pero sin un ministerio apostólico que transforma el proyecto en acción, corrigiendo errores, poniendo fundamentos y formando comunidades, difícilmente podremos lograr una penetración significativa del contexto social. Y todo esto debe ser realizado con un propósito singular, con claridad y con una metodología efectiva.

Otro elemento de gran importancia es la unidad y universalidad de la visión apostólica. Esta visión unifica su obra y une a las comunidades cristianas. Sin la visión apostólica, las iglesias tienden a distanciarse las unas de las otras para dedicar sus energías según la gracia particular y los intereses de sus líderes. La visión amplia y singular del apóstol asegura que las diferentes congregaciones se mantienen en estrecha relación y las ayuda a considerar su obra particular como complementaria unas con otras, evitando dar lugar a una actitud competitiva.

## NUESTRA EXPERIENCIA EN ARGENTINA

¿De qué manera hicimos los ajustes necesarios? Promovimos conversación y les dimos orientación básica, especialmente entre los pastores asociados más estrechamente con nosotros. Con el tiempo, los conceptos maduraron y comenzamos a discernir con mayor claridad cuáles de los ministros estaban experimentando resultados positivos en sus obras de extensión, y especialmente con otras comunidades. Ciertos líderes entre nosotros han sido reconocidos por la mayoría desde los primeros tiempos de nuestras relaciones, y a lo largo de los años ese reconocimiento ha llegado a ser casi universal.

Desde el principio evitamos el uso del título «apóstol» con referencia a individuos, dándonos cuenta que hacía falta tiempo para vencer tradiciones de largos años. Preferimos usar el término más general de ministerio apostólico en un sentido genérico y por lo general con referencia a más de un individuo. Hoy en día creo que es justo decir que queda poca reticencia para usar el término apóstol, pero evitamos el uso excesivo de él preferentemente. A veces usamos simplemente un término como “los hermanos mayores”, o algo similar.